



Charles Perrault
Jacob y Wilhelm Grimm
Ludwig Tieck

CAPERUCITA ROJA

Ilustraciones de

Agustín Comotto
Marta Gómez-Pintado
Ana Juan
Alicia Martínez
Verónica Moretta
Elena Odriozola
Luis Scafati
Noemí Villamuza
Javier Zabala

Caperucita Roja es el cuento de hadas de transmisión oral que mejor ha sobrevivido al paso del tiempo, como manifiestan las múltiples versiones que de esta historia se han realizado a través de los siglos.

Tiene muchas lecturas, pero ante todo es un cuento para jóvenes que, de alguna manera, simboliza el paso de la niñez a la adolescencia.

Esta edición reúne las tres principales versiones del cuento:

En 1697 Charles Perrault fue el primero en incluir en un volumen de cuentos la historia de Caperucita. Escribió una fábula moralizante con la intención de advertir a las «señoritas» de la corte sobre los peligros de «ciertos hombres», disfrazados de lobos.

En 1812 Jacob y Wilhelm Grimm retomaron el cuento y su versión es la más conocida hoy en día.

Por último publicamos una rareza, la versión dramática y en verso que el gran escritor alemán Ludwig Tieck escribió en 1800.

Caperucita Roja

Traducción de Luis Alberto de Cuenca

Había una vez una niña de pueblo, la más bonita que hubieseis visto; su madre estaba loca con ella, y su abuela más loca todavía. Esta buena mujer encargó para ella una caperuza roja que le sentaba tan bien que todos la llamaban Caperucita Roja.

Un día, su madre, que había cocido y hecho tortas, le dijo:

—Ve a ver cómo anda tu abuela, pues me han dicho que estaba enferma. Llévale una torta y este tarrito de mantequilla.

Caperucita Roja salió en seguida para ir a casa de su abuela, que vivía en otro pueblo. Al pasar por un bosque, se encontró con el compadre Lobo, a quien le entraron muchas ganas de comérsela, pero no se atrevió, porque había algunos leñadores por la floresta.





Le preguntó adónde se dirigía. La pobre niña, que no sabía lo peligroso que es detenerse a escuchar a un lobo, le dijo:

—Voy a ver a mi abuela, y a llevarle una torta con un tarrito de mantequilla que mi madre le envía.

—¿Vive muy lejos? —le dijo el Lobo.

—¡Oh, sí! —dijo Caperucita Roja—. Al otro lado del molino que podéis ver allá lejos, en la primera casa del pueblo.

—Pues bien —dijo el Lobo—, yo también quiero ir a verla; voy a tirar por este camino y tú por aquel, a ver quién llega antes.

El Lobo echó a correr con todas sus fuerzas por el camino que era más corto, y la niña se fue por el camino más largo, entretenándose en coger avellanas, correr detrás de las mariposas y hacer ramilletes con las florecillas que iba encontrando.

No tardó el Lobo en llegar a la casa de la abuela. Llama a la puerta: «Toc, toc».

—¿Quién es?

—Soy tu nieta, Caperucita Roja —dijo el Lobo, imitando la voz de la niña—, y te traigo una torta y un tarrito de mantequilla que mi madre te envía.

La buena de la abuela, que estaba en la cama porque se encontraba un poco mal, le gritó:

—Tira de la llave, que caerá el pestillo.^[1]

El Lobo tiró de la llave y la puerta se abrió. Se arrojó sobre la buena mujer y la devoró en un periquete, pues hacía más de tres días que no había comido. Luego cerró la puerta y fue a acostarse en la cama de la abuela, esperando a Caperucita Roja, que llegó un poco después y llamó a la puerta: «Toc, toc».

—¿Quién es?

Caperucita Roja, que oyó el vozarrón del Lobo, tuvo miedo al principio, pero, creyendo que su abuela estaba resfriada, respondió:

—Soy tu nieta, Caperucita Roja, y te traigo una torta y un tarrito de mantequilla que mi madre te envía.

El Lobo le gritó, suavizando un poco la voz:

—Tira de la llave, que caerá el pestillo.

Caperucita Roja tiró de la llave y la puerta se abrió.

El Lobo, al verla entrar, le dijo mientras se ocultaba en la cama bajo la manta:

—Pon la torta y el tarrito de mantequilla encima del baúl y ven a acostarte conmigo.

Caperucita Roja se desnuda y va a meterse en la cama, donde se queda muy sorprendida al ver el aspecto que ofrece su abuela en paños menores. Le dice:

—Abuelita, ¡qué brazos tan grandes tienes!

—¡Son para abrazarte mejor, hija mía!

—Abuelita, ¡qué piernas tan grandes tienes!

—¡Son para correr mejor, niña mía!

—Abuelita, ¡qué orejas tan grandes tienes!

—¡Son para oír mejor, niña mía!

—Abuelita, ¡qué ojos tan grandes tienes!

—¡Son para verte mejor, niña mía!

—Abuelita, ¡qué dientes tan grandes tienes!

—¡Son para comerte!

Y diciendo estas palabras, el malvado Lobo se arrojó sobre Caperucita Roja y se la comió.



Caperucita Roja

Traducción de Isabel Hernández

Érase una vez una adorable niñita, a la que todos querían sólo con verla, pero quien más la quería era su abuela, que ya no sabía ni qué regalarle. En cierta ocasión le regaló una caperucita de terciopelo rojo, y, como le sentaba tan bien y la niña no quería ponerse otra cosa, todos la llamaron a partir de entonces Caperucita Roja.

Un buen día su madre le dijo:

—Mira, Caperucita, aquí tienes un trozo de tarta y una botella de vino, llévaselos a la abuela; está enferma y débil, y esto la reanimará. Ponte en camino antes de que empiece a hacer calor, y cuando te marches, anda con cuidado y no te apartes del sendero, no vaya a ser que te caigas, se rompa la botella y la abuela se quede sin nada. Y cuando llegues a su casa, no te olvides de darle los buenos días, y no te pongas a hurgar por todos los rincones.



—Lo haré todo muy bien —dijo Caperucita Roja a su madre dándole la mano.

Pero la abuela vivía en el bosque, a media hora de la aldea. Cuando Caperucita Roja llegó al bosque, el lobo le

salió al encuentro. Caperucita Roja no sabía qué animal tan malvado era y no se asustó.

—¡Buenos días, Caperucita Roja! —le dijo.

—¡Muchas gracias, lobo!

—¿Adónde vas tan temprano, Caperucita Roja?

—A casa de mi abuela.

—¿Qué llevas en tu cestita?

—Una tarta y vino. Estuvimos haciéndola ayer en el horno; la abuela está enferma y débil y necesita algo bueno para fortalecerse.

—Caperucita Roja, ¿dónde vive tu abuela?

—A un buen cuarto de hora por el bosque, su casa está bajo los tres grandes robles; allí abajo están también los nogales, seguro que tú sabes dónde —dijo Caperucita Roja.

El lobo pensó: «Esta cosita joven y tierna es un succulento bocado, seguro que sabrá mucho mejor que la vieja. Tienes que ser muy astuto si quieres tragarte a las dos». Entonces anduvo un rato al lado de Caperucita y luego dijo:

—Caperucita Roja, mira qué flores tan hermosas hay a tu alrededor, ¿por qué no las miras? Me parece que ni siquiera oyes los adorables cantos de los pajarillos. Vas ensimismada, como si fueras a la escuela, y, sin embargo, ¡es tan divertido andar por el bosque!

Caperucita Roja abrió bien los ojos, y al ver cómo los rayos del sol danzaban de un lado para otro a través de los árboles, y que todo estaba lleno de hermosas flores, pensó: «Si le llevo a la abuela un ramo de flores frescas también le alegrará; es muy temprano, así que llegaré a tiempo», de modo que se apartó del camino y se adentró en el bosque en busca de flores. Y tras haber cortado una, pensó que más allá habría otra más bonita y, de ese modo, fue internándose cada vez más en el bosque. El lobo, sin embargo, se fue directamente a casa de la abuela y llamó a la puerta.

—¿Quién está ahí?

—Caperucita Roja, que te trae una tarta y vino, abre.



—No tienes más que bajar el picaporte —exclamó la abuela—; yo estoy muy débil y no puedo levantarme.

El lobo bajó el picaporte, la puerta se abrió de par en par y, sin pronunciar una sola palabra, se fue derecho a la

cama de la abuela y se la tragó. Entonces, se puso su ropa, se colocó su gorro de dormir, se metió en la cama y corrió las cortinas.

Caperucita Roja había estado buscando las flores y, cuando hubo cogido tantas que ya no podía llevar ni una más, volvió a acordarse de la abuela y se encaminó a su casa. Se asombró de que la puerta estuviera abierta y, al entrar en la sala, todo le pareció tan extraño que pensó: «¡Ay, Dios mío, qué miedo siento hoy, con lo que me gusta siempre venir a casa de la abuela!». Y dijo:

—Buenos días.

Pero no obtuvo respuesta alguna.

Entonces fue hacia la cama y corrió las cortinas:
la abuela estaba allí tumbada, con el gorro de
dormir bien calado y un aspecto muy raro.

–¡Ay, abuela, qué orejas tan grandes tienes!

–Para así poder oírte mejor.

–¡Ay, abuela, qué ojos tan grandes tienes!

–Para así poder verte mejor.

–¡Ay, abuela, qué manos tan grandes tienes!

–Para así poder cogerte mejor.

–¡Ay, abuela, qué boca tan grande y tan horrible tienes!

–Para así poder



omerte
mejor.



No había terminado de decir esto el lobo cuando salió de la cama de un salto y devoró a la pobre Caperucita Roja.

Cuando el lobo hubo saciado su apetito, volvió a meterse en la cama, se durmió y empezó a lanzar unos sonoros